

y el más popular entre ellos era el viejo toscano del verde gabán, que enseñara el puño á Génova la tarde de la salida.

Tenía este tal el diablo en el cuerpo; desde la mañana á la noche declamaba con voz ronca, moviendo por el aire el índice amenazador y, su auditorio iba de día en día creciendo: hubiese querido iniciar la revolución social en el *Galileo*; predicaba contra los señores de popa; incitaba á los pasajeros á protestar contra la inmundicia de los dormitorios y la suciedad del alimento, y á veces, para dar ejemplo, arrojaba al aire su ración lanzando invectivas contra las cocinas.

El auditorio aprobaba, pero comía, y entonces fuera de sí les increpaba á todos llamándolos «vendidos» y «esclavos». Uno solo había que no bajaba su cabeza ante él: uno que se sospechaba era contrabandista, pequeñuelo, seco, con un gran mechón negro sobre la frente y dos ojos de halcón, que se había conquistado por sí mismo, y gozaba con mantenerla viva en derredor de su persona, tenebrosa reputación de gran delincuente, cargado de misteriosos homicidios y dispuesto á todo; algo así como un Capitán Fracassa del delito; habilísimo en recitar su papel, tanto que todos le temían por más que no hubiera retorcido á nadie ni siquiera un pelo, y las mujeres se lo señalaban unas á otras con

el dedo diciendo que llevaba un largo puñal debajo de la chaqueta, y que antes de terminar el viaje haría seguramente algún degüello. Paseaba por entre la gente con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza erguida, y no quería que nadie fijase la mirada en su cara. Si alguno osaba hacerlo, parábase de pronto, plantando sus ojos en el temerario y como preguntándole si estaba ya cansado de vivir; todos, algo por miedo, algo también por prudencia, volvían la cabeza á otra parte. Aparte de esta pretensión, satisfecho de su gloria sanguinaria, á nadie molestaba, mostrando hacia el viejo toscano el desprecio que siente el hombre de armas por el hombre de toga.

Con estos dos formaba trinidad en el castillo de proa la original figura del saltimbanqui, de largos cabellos y brazos tatuados, al cual nadie había oído el metal de la voz; tanto que se decía si era mudo: y era capaz de estarse cinco horas inmóvil en la punta extrema del vapor, con aquellos ojos verdes fijos en el aire, como si mirase á una estrella solamente perceptible para él, y absorto en visiones celestiales.

Las gentes de buen humor, al contrario, casi todas se guarecían en el cuerpo central, que ofrecía mayor espacio á sus chocarrerías, y era como la plaza de un lugar, sitio de paso, muy cómodo para corros y murmuraciones.

Aquí en el ángulo de la izquierda, cerca de la tribuna del comandante, había conversación y jarana desde la salida hasta la puesta del sol. El gracioso de la compañía era un campesino de Monferrato, el mismo que se había permitido hacer la escandalosa suposición sobre el bolsón de la buñolera: una cara de pendencia, con media nariz. No era secreto para ninguno de los de tercera clase cómo la había perdido: un guardia borracho le había cortado la punta de la nariz de un sablazo, provocado por él, estando también beodo, cierta noche en una callejuela de su pueblo; pero la parte cómica estaba en que á la mañana siguiente, esperando sacar partido de aquel desnarigamiento, había recurrido, para que le resarcieran de los daños, á las autoridades, á las cuales el policía se había guardado muy bien de participárselo; resultado del recurso fué que pasó algunos días en la cárcel, después de muchas idas y venidas al tribunal competente, y de pagar cien pesetas de multa.

Era uno de esos que equivocan le oficio: era payaso de nacimiento: contraía y alargaba el hocico como una bestia; bailaba bailes grotescos de su invención; remedaba á la gente de un modo maravilloso, y al pasar alguna autoridad de las de á bordo, saludaba siempre con ademanes de fingido respeto que hacfa reventar de risa. Después de éste, el que mayor

fama tenía era un hombrecillo con la cabeza pelada, con un orzuelo abultado en un ojo; un ex portero que no se separaba de una jaula con dos mirlos, á los cuales cuidaba mucho, contando con venderlos en Buenos Aires á ochenta pesetas cada uno: negocio intentado ya por otros varios. Debía su popularidad á cierto tesoro pornográfico que había heredado de un pariente: un grueso cuaderno todo lleno de caricaturas obscenas, de charadas mal sonantes ó de anécdotas, que, leídas con las páginas dobladas, eran trozos de las vidas de los santos, y con las páginas abiertas indecencias espantosas.

Llevaba siempre consigo un grupo de *dilettanti* de inmundicias que leían cien veces al día las mismas porquerías, tirándose sobre los bancos de tanto reír, y llenándoseles de lágrimas de placer los ojos. Luego levantaba él su frente como feliz autor aplaudido. Un tercero, era coeínero de una casa de comidas, tipo frecuentísimo á bordo: el sabihondo que, habiendo estado en América una vez, se arroga gran superioridad doctoral sobre sus compañeros de viaje, explica á su modo todos los fenómenos marinos y celestes, habla de mecánica naval, cuenta del Nuevo Mundo como de su patria propia, y á todos endilga consejos, y llama villanos ignorantes á los que no lo creen: el comisario le había sorprendido una vez explican-

do el movimiento de rotación de la tierra, con una manzana en la mano, soltando tal cúmulo de desatinos, que era para hundirse el barco. A ratos perdidos tocaba también la ocarina.

Por fin hallábase un barbero veneciano, que se distinguía por su habilidad en imitar el ladrido del perro de un payaso que ladra á la luna: un ladrido lamentoso que desgarraba los nervios, pero que hubiera engañado á todos los perros de Italia. Todos los «especialistas», sin embargo, habían ya salido á luz y habían sido obligados á lucir sus habilidades; un viejo jardinero se acurrucaba detrás de una jaula é imitaba el anhelo rabioso de uno, para el cual *poder* no es *querer*, con una perfección insuperable; un verdadero artista, decían, que era tenido en gran predicamento. Allí jugaban á la brisca, á cara y cruz á la lotería, y se estaban cantando horas enteras; jugaban á la gallina ciega gentes que peinaban canas y á las cuatro esquinas como si fueran niños. El gran espectáculo era cuando, poseído de un estfo loco, venía hacia proa el saltimbanqui tatuado, y caminaba con las piernas por el aire, y hacía la serpiente ó la rueda en medio de una salva de aplausos, siempre con torva expresión, como si aquello lo hiciera por castigo; después de lo cual íbase sin pronunciar palabra, tal como había venido.

Diríase que aquella alegría más parecía re-

buscada que espontánea, y casi una especie de embriaguez en ayunas que se procuraban las gentes para ahuyentar los recuerdos tristes y los malos presentimientos; pues veíase verdaderamente que cogían al vuelo y con furor el más mínimo pretexto para aturdirse en la bacanal. A veces arrojábanse cien personas contra la borda, y se arremolinaban formando precipitadamente un corro, levantando un ruido infernal de gritos, silbidos, berridos y gallos, que se extendían por todo el barco produciendo inquietud en los marinos de la tripulación; y todo era porque se había caído al mar un sombrero, y porque uno de ellos se había untado de negro la nariz al caer sobre la compuerta de una carbonera.

Cuando por casualidad cruzaba por entre ellos una mujer ó una muchacha que no perteneciera á ninguno, era un coro de chasquidos de la lengua, de graznidos de pájaros, de voces onomatopéicas con todo género de entonaciones y significados, que obligaba á la desgraciada á echar á correr. La criada negra de los brasileños, sobre todo, al pasar por allí para ir á comer ó á dormir á su cámara de tercera, enseñando lo blanco de los ojos y de los dientes como para morder, suscitaba una música tal de versos de amor tan brutales, que parecía oírse el vocerío de un serrallo en celos. Por nuestra

parte, el hecho era el mismo. Y en efecto, si prescindimos del barniz (el que lo tenía) de la buena educación y de la cultura, ¿había acaso tan gran diferencia entre el castillo central y el de proa?

¡Con qué facilidad se hubieran encontrado los tipos gemelos y las analogías de las conversaciones! Es increíble cómo nos conocían y con qué fundamento de verdad murmuraban á nuestra espalda, descubriendo el lado ridículo de todos nosotros. Por modo indirecto lo veníamos todos á saber. Conocían algo de la índole y hábitos de cada uno por los camareros de á bordo y por los criados particulares de los pasajeros; y estaban al corriente de nuestra pequeña crónica cotidiana, como ocurre en las tiendas y en las guardillas con respecto á los vecinos de los pisos principales; y lo que no sabían lo adivinaban y lo comentaban todo. No pocos tenían apodos entre ellos; á otros les imitaban la manera de andar y la voz. Volviéndose hacia atrás de improviso, al pasar por allí, siempre se sorprendía á tres ó cuatro que guiñaban, ó sacaban la lengua, ó recomponían precipitadamente el semblante descompuesto por alguna mueca bufona. Aquellas eran nuestras hocas caudinas.

Precisamente la noche de que hablo, todo el vapor se alegró de una burla superlativa, dedi-

cada á uno de aquel grupo: un pasajero de tercera, que habiendo pagado el suplemento, comía en segunda, pero pasaba el día entre los concurrentes al castillo central. Un hombrecillo de mediana edad, con la cara arrugada como manzana cocida, un pobre diablo vestido como un sacristán y que se daba humos de burgués acomodado; pero simple é inocentón como un niño, y acariciado de todos porque poseía gran caja de botellas de vino que llevaba á América, y que defendía celosamente de toda acechanza como un depósito sagrado.

Por la mañana, subiendo sobre cubierta, había fijado su atención sobre el cuadrante telegráfico del puesto del comandante que trasmite las señales á la máquina; y como en este sitio estaba el cuarto oficial que comía en la segunda mesa con él, le preguntó para qué era aquel mecanismo.

Este le respondió que era el telégrafo.

El buen hombre se quedó estupefacto.—¡El telégrafo!—exclamó.—¿Para telegrafiar?

El oficial comprendió enseguida: era éste un genovés chiquitillo, fino como la triaca, gran maestro de burlas y siempre serio.

—Para telegrafiar—respondió;—claro está. ¿Para qué puede servir? Por medio de un hilo movable estamos en comunicación continua con la obra muerta submarina, y mandamos noti-

cias al armador de cuatro en cuatro horas.

El hombrecillo expresó su admiración: luego repuso tímidamente, teniendo ya en sus adentros formado su idea:—Y es claro... no servirá más que para uso del vapor.

—Por un favor especial—respondió el oficial—también puede servir para los pasajeros.

—Entonces—exclamó el otro con efusión—de buena gana mandaría un telégrama á mi mujer. Le contuvo un momento la idea del gasto; pero comprendiendo que por ser un favor se atenderían á la tarifa ordinaria, lleno de alegría se fué á escribir al despacho.—Estoy bien. Mar bueno. Mitad camino. Te abrazo, etc.—Y preguntó si su mujer podía responder.—¡Sí, seguramente podía responder!—Porque la conozco—dijo él;—es mujer que se quitará el pan de la boca por enviarme alguna palabrita.—Quería pagar; pero el oficial no quiso: era preciso calcular antes los céntimos adicionales; por la tarde pagaría, allá sobre las cuatro, cuando volviera á ver si la respuestah abía llegado.

Se fué el pobre diablo contentísimo, dejando la hoja escrita. Vuelve á las tres: nada. A las tres y media: nada. A las cuatro: encuentra diez benditas palabras:—Gracias. Bien. Dios te acompañe. Pido por tí. Vuelve pronto.

Fuera de sí, la leyó dos veces seguidas, besa el telegrama, y se empeña en pagar.—¡A qué!

—le dice el oficial.—Es una miseria que no merece la pena hablar de ello. Y además, haré pasar el despacho como del servicio. Mas bien, puesto que usted tiene buenas botellas, destaparemos una á la mesa, y... en paz.—¿Y porqué no? ¡Descorcharemos una, dos!... Hay que estar alegres. ¡Ah! ¡la ciencia del hombre á qué extremo ha llegado!—Para acabar, en pocas palabras: á las cuatro, las dos botellas fueron destapadas á la mesa, y bebidas; y el pobre hombre se entusiasmó tanto, que hizo descorchar una tercera, una cuarta, y, toda la caja tan obstinadamente defendida hasta entonces, fué consumida. La noticia, entretanto, habíase ido difundiendo, y al salir del comedor, excitado, rojo, triunfante, subió al castillo central para hacer el quilo, y fué recibido con una rechifla carnavalesca. Al pronto, no comprendió la burla; pero cuando llegó á penetrarse del motivo, mientras todos esperaban verlo caer acongojado, se echó á reir de compasión, y volviéndose hacia el departamento de los de segunda, exclamaba:—¡Ignorantones!... ¡Bestias!... ¡Asnos!...—¡¡Feliz é imperturbable en medio del concierto de ladridos, de aullidos y de cantos de gallo que le acompañaban!!

Ocurría esta escena ante uno de los aspectos más estupendos, que pueden ofrecer el Océano y el cielo, en la región de los trópicos.

Habiéndose desgarrado poco antes del oca-
so, el denso velo de vapores que nos envolvía
hacía tres días ya, descendían los rayos del
sol sobre el mar como si un enorme rubí,
arrojase en las aguas tranquilas un haz de des-
tellos purpurinos que cegaban; parecía que un
torrente de lava encendida corriera á incendiar
el *Galileo*. Y cuando el sol tocó en el horizon-
te, las nubes, encendidas de los más pomposos
colores, comenzaron á transformarse lentamen-
te, presentando mil formas maravillosas, que
nos tenían con la boca abierta, embelesados
con sus cambios:—¡Qué lástima!—exclamába-
mos todos, como si se desvaneciera un sueño
encantador. Aparecían montes de oro, de don-
de se precipitaban ríos de sangre, fuentes in-
mensas de metales en fusión, pabellones subli-
mes, resplandecientes por debajo con una luz
tan celestial, que al fijar en ella la mirada, la
mente vacilaba un momento, esperando con
sentimiento de ansiedad, la última visión de
Dante: los tres círculos de tres colores y de un
sólo contenido, la efigie humana, ante la cual

faltó fuerzas al alta fantasía.



X

EL DORMITORIO DE LAS MUJERES

Y mar, mar, y siempre mar. Era cosa de
pensar si las tierras habían desaparecido
de la superficie del globo, y si navegábamos so-
bre el océano universal, sin arribar nunca á
punto alguno. No eran ya las aguas amarillen-
tas de los días anteriores; sino el cielo blanco,
el sol blanco, un mar que parecía una inmen-
sa chapa de plomo, y sobre el vapor, todo
cuanto se tocaba, abrasaba. Y no era lo peor el
calor ardiente; era el tufillo de aire corrompi-
do y enfermizo el que desde la puerta abierta
de los dormitorios de los hombres subía á bo-
canadas hasta la cubierta; un olor tan hedion-
do que daba compasión el considerar que pro-
cedía de humanas criaturas, y espantaba pen-